



La voz de Peñafiel en el tiempo

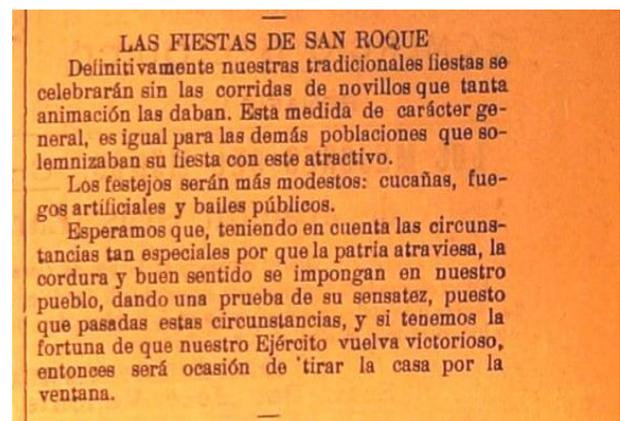
EN 1909 NO HUBO TOROS

Carlos Calvo Alonso

El mes de julio de 1909 resultó movidito. A principios de mes un grupo de rifeños había asesinado a seis trabajadores del ferrocarril minero de Melilla y el general Marina, gobernador militar de la zona, había aprovechado el incidente para iniciar una campaña de expansión hacia el sur de la ciudad, controlando el territorio a base de posiciones que habían de ser avitualladas por convoyes muy vulnerables. Era un escenario muy apropiado para la guerra de guerrillas y refriegas, como la emboscada del Barranco del Lobo (27 de julio de 1909), que costó 752 bajas¹ – 153 muertos – y vino a quedarse grabada en la conciencia colectiva como el primer gran desastre de la Guerra de África: *“en el Barranco del Lobo/hay una fuente que mana/sangre de los españoles/que murieron por la Patria”*.

Mientras, en la Península, el real decreto de movilización de tropas debido a los planes bélicos de Marina había originado amplias reacciones de oposición. La despedida de tropas, sobre todo, se vio acompañada en algunas ocasiones de disturbios en las estaciones y puertos de embarque. Fue sonado, por ejemplo, el enfrentamiento entre partidarios y detractores de la guerra en los alrededores de la estación de Atocha de Madrid y, desde luego, lo fueron los acontecimientos de Barcelona, donde el re-

chazo al embarque de tropas se mezcló con un convulso ambiente anticlerical, dando lugar a la llamada Semana Trágica. En la Ciudad Condal pagaron el pato curas, monjas, edificios religiosos y hasta las momias de muchos sepulcros de iglesias y conventos profanados. También lo pagó Ferrer i Guardia, el controvertido pedagogo de las Escuelas Modernas, que fue juzgado como instigador de los sucesos y ajusticiado después de un juicio militar de imparcialidad más que dudosa.



La Voz de Peñafiel N° 157 (12 agosto 1909)

Era más difícil que en los pueblos se organizaran tumultos de protesta semejantes; no obstante, el horno no debía estar para muchos bollos y el gobernador civil de Valladolid, dado *“el estado por el*

¹ Madariaga de, R. M., *En el Barranco del Lobo... Las Guerras de Marruecos*, Alianza Editorial, Madrid, 2017, p. 54.

que atraviesa la nación” prohibió las celebraciones taurinas en todos los pueblo. La Voz de Peñafiel refleja el temor a los alborotos cuando confirma la prohibición, pese a que el Ayuntamiento de la villa había prometido hacer todo lo posible por evitarla, pide conformidad con la medida y exhorta a que *“la concordia y el buen sentido se impongan en nuestro pueblo”*.²

De todas formas, unas cuantas familias de Peñafiel no estaban para muchas celebraciones. Por los alrededores de Melilla y los hostiles barrancos del Gurugú andaban en aquellas fechas unos cuantos peñafilenses. Eran soldados de los cupos de 1903 a 1907 que hacía tiempo que se habían olvidado del bullicio de los quintos, padres de familia algunos de ellos, gente humilde que no se había librado de la leva mediante redención a metálico o sustitución pagada.

Por eso, aprovechando el segundo concierto que daba en el teatro de la Villa la flamante Unión Filarmónica Ribereña, recién creada, subió al escenario del teatro Don Federico Hernández y Alejandro³ y *“recordó a nuestros convecinos, que abandonando á sus esposas é hijos, han tenido que marchar con riesgo inminente de su vida á los campos de Melilla, dejando á aquellos en el mayor de los desconsuelos y tal vez sus (sic) recursos para vivir mientras ellos no vuelvan a su lado...”*.⁴ Abrió Don Federico una subscripción semejante a las muchas que se estaban gestionando por todo el país y se encargó el alcalde, Saturnino Álvarez, del control de los donativos que se pudiesen conseguir. Este se lió un poco con la gestión de los dineros y, quince días más tarde, las esposas de los combatientes explicaban a los redactores de La Voz de Peñafiel que habían recibido inicialmente dietas de una peseta diaria y que en la segunda semana solo les habían dado dos reales, y con eso no les llegaba. Don Saturnino daba razones

del por qué de la merma en un comunicado posterior: como el gobierno había previsto por real orden una dieta de cincuenta céntimos, el había estimado conveniente completar el subsidio con dinero de la subscripción hasta llegar a la peseta; estimaba prudente estirar las cantidades lo más posible por si el número de reservistas aumentaba *“hasta diez o veinte”* o por si había que hacer frente a alguna desgracia. Además garantizaba que la partida aprobada por el Ayuntamiento para ayudas a las familias de los soldados se destinaría a ese fin.⁵ A finales de año, un artículo de La Voz explicaba que, dada la mala idea de encargar a la administración local el control del dinero de la subscripción, este no se había gastado en su totalidad, ni tampoco se habían distribuido los fondos previstos por el Ayuntamiento. El redactor proponía que se mandase a África el montante de la liquidación pertinente para que los soldados que aún quedaban allí pudieran hacer algún extraordinario de Navidad. Echaba leña al fuego nuestro semanario cuando se hacía eco de una carta enviada por el cabo Román de la Fuente, escribiente del Juzgado Militar de Melilla, en la que explicaba que un reservista peñafileense había pedido infructuosamente ayuda al Ayuntamiento para su esposa enferma (él, por su parte, aportaba una pesetilla).⁶ Se ve que el gobierno municipal no gozaba de mucho predicamento en la redacción de La Voz, y quizás se lo tuviera bien merecido por ser tan rácano con las familias de los reservistas mientras estaba dispuesto a poner todos los medios a su alcance para que no faltaran toros en San Roque. Claro que lo primero es lo primero.

Los remitentes de otras cartas⁷ enviadas a La Voz de Peñafiel agradecían que el semanario les fuera enviado gratuitamente y que sus redactores se interesasen por su suerte. Otros reservistas aprovechaban la ocasión para dar sus nombres, saludar a

² S/F, **Noticias**, *La Voz de Peñafiel*, núm. 156, 5 de agosto de 1909.

S/F, **Noticias**, *La Voz...*, núm. 157, 12 de agosto de 1909.

³ Don Federico Hernández y Alejandro, prócer y erudito local, fue el promotor de las primeras excavaciones de Pintia.

⁴ S/F, **Segundo concierto de la Filarmónica**, *La Voz...*, núm. 155, 29 de julio de 1909.

⁵ S/F, **Noticias**, *La Voz...*, núm. 157, 12 de agosto de 1909.

Saturnino, Álvarez, **Comunicado**, *La Voz...*, núm. 159, 26 de agosto de 1909.

⁶ S/F, **Saludo a los reservistas**, *La Voz...*, núm. 175, 16 de diciembre de 1909.

⁷ Además de citar la carta de Román de la Fuente [*cita anterior*], La Voz publicó otras tres misivas correspondientes a la campaña de 1909: Vázquez, Víctor-San José, Pedro, **S/T**, *La Voz...*, núm. 157, 12 de agosto de 1909; Olmos Martín, Isaac-Vázquez Olmos, Víctor, **Una carta de Melilla**, *La Voz...*, núm. 160, 2 de septiembre de 1909; Caderón, Casimiro, **Campo de operaciones**, *La Voz...*, núm. 164, 30 de septiembre de 1909.

sus familias y confirmar que no habían sufrido contratiempos. En total, en estas misivas se registran trece combatientes, y con ello nos entran dudas sobre el buen recuento de Don Saturnino Álvarez de los soldados de Peñafiel desplazados a Melilla, que según él, recordémoslo, por aquellas fechas no llegaban a diez.⁸

Nuestros muchachos, un poco dolidos, recordaban las enormes penalidades que estaban pasando ellos, que se habían apresurado a acudir a la defensa de la patria, mientras que los que se habían quedado en casa les llamaban exagerados en cómodas conversaciones de bares y cafés. Citaban escenarios muy mentados en la prensa de la época y detalles de aquella dura campaña de 1909, escaramuzas de una guerra de desgate y guerrilla en la que los rifeños eran hábiles combatientes. Contaban sus andanzas por Los Lavaderos, hostigados desde las estribaciones del Gurugú, las dificultades de los vulnerables convoyes de abastecimiento a la Segunda Caseta del Ferrocarril... Y se quejaban de que los moros, pasado el efecto sorpresa de sus ataques, salieran por piernas sin esperar a ser machacados por la artillería. No eran reclamaciones muy propias de gentes nacidas en tierras del Empecinado, pero ya se sabe que las guerras se cuentan siempre a conveniencia del narrador; eso sí, los reproches se ajustaban bien a la imagen racista del moro astuto, cobarde y traidor que tanto se llevaba en la propaganda de la época. Los firmantes manifestaban uniformemente su convicción patriótica y no mostraba dudas sobre la pertinencia de su misión africana, claro que no era de esperar que pudieran expresar públicamente otra cosa, y tampoco La Voz lo hubiera permitido. En todo caso, eso era lo que exteriorizaban: un convencimiento, a lo mejor sincero, que podría servirles también para dar algún sentido a su difícil situación, pero que chocaba un tanto con las dudas que aquella contienda generaban en la península.

⁸ Puede que el alcalde no hubiese recontado mal los soldados porque en las cartas se habla de paisanos; pero "paisanos" se llamaba también a los de la misma comarca, incluso a los de la misma provincia. En todo caso, y para quien quiera rastrear las andanzas rifeñas de algún antepasado, en La Voz de Peñafiel aparecen: Alejandro Bartolomé (cabo), Victoriano Bambi (soldado), Casimiro Calderón (cabo), Román de la Fuente (cabo), Fausto González (soldado), Rufo González (soldado), Alejandro Molinero (soldado), Sotero Muñoz (soldado), Isaac

En realidad, las aventuras españolas por el Norte de África no gozaban de gran tradición. Desde la otra orilla del Mediterráneo habían llegado a la península hombres, ideas y medios económicos capaces de levantar el gran sistema urbano andalusí, pero cuando este claudicó frente al poder feudal castellano no se produjo el posible reflujo inverso; el poderío turco y el interés de Castilla por la empresa americana lo impidieron. Cuatrocientos años más tarde, al nacer el Siglo XX, el dominio español en la fachada sur mediterránea, recién perdidos sus territorios de ultramar, era más bien testimonial: se limitaba a los enclaves de Ceuta, Melilla, las Islas Chafarinas y los peñones de Alhucemas y Vélez de la Gomera.

Así que España, potencia de segundo orden, no llevaba muy buenas cartas en el juego del colonialismo moderno sobre tierra africana y hubiese sido partidaria de mantener el status quo del sultanato marroquí. Pero había que contar con las ambiciones francesas y con el interés de Inglaterra, que se mostraba firme defensora de los "intereses históricos" de España para no dejar a Francia el control del sur del Estrecho. España iba, pues, de comparsa y no es de extrañar le callera una encomienda que no era ninguna bicoca. A partir de las negociaciones y tratados que abordaron el futuro marroquí durante la primera década del pasado siglo (hasta los acuerdos de 1912), se le encargó el protectorado del Rif, la zona más hostil y atrasada de Marruecos. Una empresa que significó una guerra costosísima en vidas y recursos (1907-1927) y un largo conflicto, más o menos latente, que no finalizó hasta 1975, cuando agonizaba el Gran Dictador

Olmos Martín (sargento), Tomás Regidor (soldado), Pedro San José (soldado), Domingo Velasco (soldado), Vázquez Olmos (cabo). Todos ellos destinados a la campaña de Melilla de 1909, aunque Román de la Fuente, el que envió la peseta desde Melilla, figuraba en una carta como cabo de Wad Ras. No sabemos si por aquellas fechas andaba todavía por allí Mariano Escribano, capitán médico primero, desplazado al Rif en el verano de 1907; de todas formas, había sido destinado a Alhucemas, lejos en 1909 del foco de los combates.

africanista y la sociedad moderna española comenzaba a otear la democracia.⁹

No es de extrañar, por tanto, que en aquel verano de 1909 buena parte de la opinión pública española, con muchos lúcidos intelectuales a la cabeza, estuviera de acuerdo con las fuerzas políticas (fundamentalmente republicanas, socialistas y anarquistas) que se oponían a la presencia de nuestras tropas en el norte de Marruecos. No obstante, una empresa colonial de esta índole no podía dejar de despertar también algunas expectativas halagüeñas: previsiones de explotación de recursos, negocios inmediatos (chanchullos muchas veces), carreras militares aceleradas, injerencias megalómanas de Palacio... De esta forma, el Rif vino a constituirse en un nuevo rompeolas donde volvían a chocar las aguas de las dos tópicas Españas de nuestra contemporaneidad. Mientras, el pueblo llano resumía y cantaba con fatalismo resignado: *Melilla ya no es Melilla/Melilla es un matadero/donde van los españoles/a morir como corderos.*

Se quejaba Benito Pérez Galdós de que la Guerra de África había dividido a la opinión pública española en buenos y malos. La Voz de Peñafiel estaba sin género de dudas del lado de los buenos y colocaba a D. Benito entre los malos. Paralelamente a noticias puntuales y cartas de soldados, el semanario dedicó especial atención a la cuestión africana desde finales de julio de 1909 hasta octubre de 1911 (el período de las campañas de expansión hacia el sur de Melilla y hacia el oeste del río Kert), manteniendo una línea editorial invariable, basada en cuatro planteamientos fundamentales: legitimidad y conveniencia de la intervención en Marruecos, intereses bastardos de otras potencias (Fran-

cia¹⁰ sobre todo), honor inmaculado del ejército español al servicio de una patria que se redime en la empresa africana y, finalmente, bajeza moral de quien se atreviera a poner cualquier pero a las tres primeras aseveraciones.

“¿Que qué se nos ha perdido en marruecos? [...] Vamos a marruecos, no solo á garantizar la vida de nuestras posesiones que por no cumplir el Sultán los tratados de hace muchos años vivían en un régimen de estrechez. [...] Vamos también y principalmente á evitar que nuestra España algún día se viera en el duro trance de quedar convertida en nación protegida. [...] Que nuestro interés colonial, que nuestra expansión comercial está al otro lado del estrecho de Gibraltar, es asunto que ningún español ha puesto en duda. [...] No creyó [Francia] que España [...] pudiera levantarse tan pronto; [...] entonces Francia se encargaría de cumplir nuestra misión [...] inutilizando nuestras posesiones del norte de Marruecos, y teniendo que servir nuestras islas Baleares, nuestros puertos y hasta nuestros ferrocarriles de puntos obligados para el servicio francés. [...] Es indudable que como compensación al esfuerzo realizado por España y para garantizar la vida de nuestras plazas fronterizas, implantar el régimen de policía y la explotación de las minas; han de concedérsela extensos territorios que bien explotados contribuirán á aumentar nuestra riqueza y serán para un porvenir no muy lejano medio de evitar la emigración á las Américas.[...] Veán ahora los perjuicios tan grandes que causan á nuestra nación los periódicos desaprensivos y faltos de patriotismo, [...] favoreciendo á la política de algunas naciones que no ven con buenos ojos el resurgimiento de nuestra raza ni las grandes

⁹ Entre la abundante bibliografía sobre nuestra Guerra de África, véanse, por ejemplo, tres obras muy dispares. En Fontela Ballesta, S., **La Guerra de Marruecos (1907-1927) Historia completa de una guerra olvidada**, La Esfera de los Libros, Madrid, 2017 podemos encontrar un repaso muy completo de las operaciones militares. Se trata del ensayo de un militar profesional admirador de la carrera de los militares africanista en general, y de Franco en particular. Agradará a los amantes del honor militar indiscutido y del cómputo frío de resultados bélicos (objetivos cumplidos; bajas nuestras, bajas del enemigo; kilómetros cuadrados conquistados; kilómetros cuadrados perdidos, nefastas interferencias del poder político...). Desde otra perspectiva ideológica muy distinta, M. Rosa de Mada-

riaga da cuenta de los episodios bélicos, pero amplía su perspectiva y estudia también las características de la sociedad rifeña, el estado de la opinión pública española, el ambiente moral del ejército, el talante de sus jefes...; Madariaga de, R. M., **En el Barranco del Lobo... Las Guerras de Marruecos**, Alianza Editorial, Madrid, 2017. Para los que prefieran una estilo periodístico más ameno, no carente de fiabilidad histórica, podría ser recomendable: Leguinache, M., **Annual el desastre de España en el Rif 1921**, Alfaguara, Madrid, 1996.

¹⁰ En el caso de Francia, llueve sobre mojado. Nuestro vecino del norte, como patria de la Ilustración, era blanco habitual de las diatribas de La Voz de Peñafiel. Además estaban todavía muy presentes en la mente del pueblo español los recuerdos de la Guerra de la Independencia.

muestras de virilidad que han dejado absorto al mundo que nos contempla".¹¹

Y bien, ¿era el Rif matadero de reclutas u ocasión de resurgimientos nacionales y aporte de riquezas que pudieran compensar los esfuerzos empeñados en la empresa colonial y en el cuidado de los intereses mineros? Digamos como disculpa por el excesivo optimismo de los redactores de La Voz que quizás no fuese fácil de evaluar en 1909 lo provisional e inconsistente de los recientes avances militares; a lo mejor era complicado prever en esas fechas que Marruecos acabaría por convertirse en una enfermedad crónica para España. No obstante, sí era de dominio público lo injusto del sistema de reclutamiento y la dudosa preparación de las tropas españolas. La crítica al ayuntamiento de Peñafiel por la falta de atención a las familias de los soldados hubiera debido acompañarse con alguna muestra de preocupación por la seguridad de los inexpertos combatientes de la Villa. Pero nuestro semanario esquiva cualquier análisis comprometido y sobrevuela sobre evidentes carencias utilizando las alas de la grandilocuencia:

"¿Quiénes eran y cómo fueron? Eran soldados bisoños que apenas estuvieron unos meses en filas; y fueron [...] sin saber desplegar, sin saber disparar, sin saber siquiera tener el fusil. ¿Pues qué era lo que sabían? Sabían morir heroicamente. Sabían marchar a las órdenes de sus heroicos oficiales. [...] Y esos hijos de España, esos hermanos nuestros en poco más de un mes que fueron instruidos, dieron el ejemplo de ser el ejército más aguerrido y mejor disciplinado; siendo admiración del mundo militar...".¹²

En realidad, no debería sorprendernos esta actitud del semanario peñafileense. El ejército era un elemento esencial del genoma tradicionalista que afloraba repetidamente en sus artículos. Orden, familia, monarquía, fuerzas armadas y, sobre todo, religión formaban un bloque indisoluble sobre el

que, según La Voz, se sustentaba la patria y la sociedad. Y en estas condiciones era imposible, lógicamente, que formulase cualquier crítica profunda sobre los métodos y actuaciones de las fuerzas armadas.¹³ Una muestra de cómo se presentaban engarzados esos componentes propios del ideario conservador y como se promocionaban en el espacio público nos la dan los actos de una concentración de excombatientes de la comarca, realizada el segundo día de la Pascua de Resurrección de 1910: *"Queriendo demostrar su fe religiosa"* acudieron los reservistas a una gran misa cantada en la que el predicador alabó su actitud heroica porque, *"desoyendo las voces de los anarquistas y socialistas que no quieren á Dios, á la patria ni al ejército"*, habían acudido presurosos a filas. Llegaron a la iglesia formados a los acordes de la banda municipal y volvieron a desfilar a la salida hasta la plaza entre gritos de *"¡Viva la Patria! ¡Viva la Religión! ¡Viva el Ejército!"*. [...] *Después subieron al castillo haciendo un simulacro de ataque* [se ve que no habían tenido bastante en el Gurugú] *y todo el día le pasaron corriendo las calles con las dulzainas, siendo obsequiados por las muchachas con bollos y rosquillas*".¹⁴

Ahora bien, ¿qué se debe hacer con los que no comparten los sagrados principios, esos quintacolumnistas que trabajan a favor del enemigo denigrando a nuestro ejército? Expuesta una y otra vez la maldad de los enemigos del Dios y de la Patria (*"el gobierno tiene que atender á dos guerras, la del Rif, grande, noble, patriótica; [...] y la guerra del interior, miserable, repugnante, odiosa, que están haciendo los malos españoles, los kabileños de por acá..."*)¹⁵, el corresponsal de La Voz de Peñafiel en Madrid, Castellán, pide decisiones gubernativas y sugiere muy preocupantes actitudes espontáneas: el gobierno debe adoptar *"medidas implacables que detengan a los imprudentes y barran, llegando si es necesario á la imputación, todo miembro dañoso al*

¹¹ Sirva la cita como ejemplo de otras muchas que podríamos recoger, todas ellas redactadas con muy parecidos argumentos. S/F, **Hablemos claro II**, *La Voz...*, núm. 166, 14 de octubre de 1909.

¹² S/F, **Saludo a los reservistas**, *La Voz...*, núm. 175, 16 de diciembre de 1909.

¹³ Par ser exactos, La Voz sí publicó una columna en la que se criticaba el sistema de redención del servicio militar por dinero. Su autor era Eustaquio de la Torre Mínguez y había sido difundida originariamente en el Norte de Castilla el seis de

enero de 1987. Este patricio peñafileense (tres veces presidente de la Diputación y diputado en Cortes por el sector gamacista) murió el 9 de septiembre de 1913. El semanario de Peñafiel reprodujo como homenaje aquella ya lejana colaboración: De la Torre Mínguez, E., **Sin privilegios**, *La Voz...*, núm. 371, 19 de septiembre de 1913.

¹⁴ S/F, **Fiestas religiosas**, *La Voz...*, núm. 190, 31 de marzo de 1910.

¹⁵ Castellán, **Cartas quincenales**, *La Voz...*, núm. 167, 21 de octubre de 1909.

organismo social. [...] Es indispensable que el Ejército [...] no tenga absolutamente enemigo alguno á su espalda".¹⁶ Porque "toda esa gente indigna está buscando tres pies al gato y dando lugar á que se organicen contra ella partidas de la porra, ó cosa semejante, que la haga entrar en cordura...".¹⁷

¹⁶ Castillán, **Cartas quincenales**, *La Voz...*, núm. 267, 20 de septiembre de 1911.

¹⁷ Castillán, **Cartas quincenales**, *La Voz...*, núm. 167, 21 de octubre de 1909.